

EL AMOR SUFRIENTE DESDE LA POESÍA DE AL-ÁNDALUS

José Luis Pérez Fuillerat

La idea del sufrimiento en el amor es un lugar común en la historia de las aspiraciones del ser humano para llegar a la unión con el otro. Siempre hemos oído decir que *lo que mucho vale, mucho cuesta* y es así como siempre se ha concebido la relación amorosa. Lo tradicional es que el enamorado se esfuerce por conseguir a la enamorada. Es decir, el papel de “conquistador” (sin connotaciones negativas) estaba reservado al hombre (ahora ha cambiado mucho la cosa). Este debía esforzarse, incluso sufrir, para llegar a conseguir a la enamorada. Ella, a su vez, debía mantenerse esquivada, rechazando las “acometidas” del aspirante.

Se trataba de acceder al castillo de la honra de la enamorada por puertas, puentes o escalas aparentemente insalvables. Y cuantos más obstáculos, más interés en la conquista. Esta era, al menos, la filosofía que hemos heredado de la escuela del amor denominado trovadoresco, *l'amour courtois*, desarrollado durante la baja Edad Media en la Provenza, sur de Francia. En la poética amorosa del amor cortés, los trovadores provenzales compusieron poemas en los que el enamorado se crecía con los obstáculos.

El enamorado era consciente de que la torre se mostraba alta y llegar a ella requería esfuerzos de toda índole. Sabía de la dureza del camino, pues se trataba de recorrer las cuatro vías de la conquista: la del *pregador* (que ruega), el *feñedor* (que se lamenta, incluso llora), el *entendedor* (aceptado) y, por último, el *drutz* o *amante*. (Recordemos que a este cuarto estado no pudo llegar Calixto, pues la visión -más judía que cristiana- del

Dios castigador del autor de La Celestina, Fernando de Rojas, impidió tal hecho: la diosa Fortuna hizo que cayera por la escala cuando iba a acceder a los aposentos de su amada. Con toda probabilidad, si Calixto hubiera poseído a Melibea la habría abandonado en poco tiempo).

Esta filosofía del amor sufriente tiene un antecedente y también influencias posteriores en la historia de la literatura. **El antecedente** está en los poetas sufíes de Al Andalus, sobre todo en una tribu practicante del sufismo musulmán, la de los *banu udra*, que consagró un tipo de amor denominado *udrí*: amor del deseo contenido: el alma se engrandece en el empeño, se conforma y reconforta sólo con miradas, caricias, besos, pero sin llegar a la consumación carnal.

En la literatura andalusí, tenemos múltiples muestras de este amor del sufrimiento que, no obstante, enaltece el alma del enamorado. Abad Al-Qazzaz, poeta malagueño del siglo X, nos dejó en una moaxaja la siguiente descripción de este sentimiento: *Ella es luna, sol, tallo que nace / y perfume de almizcle /. Perfecta, brillante, floreciente / y aroma enamorado /. Quien la mira se prenda de ella / pero es coto cerrado//.*

Pero quizá el poeta que mejor ha expresado este tipo de amor *udrí* fue Ben Farach, de Jaén, que nos dejó un expresivo poema titulado *Castidad*, de su poemario *El libro de los huertos*, y que dice así:

*Aunque estaba pronta a entregarse, me abstuve de ella,
y no obedecí la tentación que me ofrecía Satán.
Apareció sin velo en la noche, y las tinieblas nocturnas,
iluminadas por su rostro, también levantaron aquella vez*

sus velos.

*No había mirada suya en la que no hubiera incentivos
que revolucionaban los corazones.*

*Mas di fuerzas al precepto divino que condena
la lujuria sobre las arrancadas caprichosas del corcel
de mi pasión, para que mi instinto no se rebelase
contra la castidad.*

*Y así, pasé con ella la noche
como el pequeño camello sediento
al que el bozal impide mamar.*

*Tal un vergel, donde para uno como yo no hay
otro provecho que el ver y el oler.*

*Que no soy como las bestias abandonadas
que toman los jardines como pasto.*

Y el cordobés Ben Hazam, en *El collar de la paloma*, nos dice en uno de sus versos que *la unión de las almas es mil veces mejor que la unión de los cuerpos.*

No obstante, esta idea del amor sin consumación no era tema general en la poesía de Al Ándalus. Otro poeta andalusí, quizá el más importante, el murciano Ibn Arabí, nos dejó el siguiente pensamiento poético: *El fin del amor humano / es realizar la unión: la unión de dos espíritus / y la unión de dos cuerpos.*

Como podemos deducir, es esta idea del amor definida por Arabí - que lleva a la unión de los amantes en cuerpo y alma- la que ha imperado en toda la filosofía amorosa con connotaciones religiosas. Lo vemos en el tema del amor a lo divino, entendido como unión con el AMADO, con Dios. Es el camino angosto, pero dichoso, de las tres vías ascético-místicas, descritas por la poesía religiosa del siglo XVI, sobre todo por el poeta más sublime de toda la lírica en lengua castellana, San Juan de la Cruz: vía purgativa, vía iluminativa y el éxtasis amoroso de la vía unitiva, que se traduce en la enajenación del enamorado que, una vez llegado, dejar de ser -se aliena- para identificarse con el Absoluto, Dios. Nos dice en una de las liaras del *Cántico espiritual*:

ESPOSA

*Gocémonos, amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte o al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*

De igual manera, la Santa de Ávila, Teresa de Cepeda y Ahumada, nos describe también esa unión extática con el Amado, Dios, como una

pérdida de la voluntad: *el alma goza a intervalos, dura poco rato, la voluntad se engolfa...* ¿De qué éxtasis se trata?

Comparemos este lenguaje erótico -a lo divino- de los dos escritores místicos citados, del siglo XVI, con el que usa Rafael Alberti en su *Diálogo de Venus y Príapo*, de 1962:

PRÍAPO

¡Oh, ven más cerca. ¡Ven!

VENUS

*¡No! No me riegues,
Amor, de blancos copos todavía.
Guarda, mi bien, esas nevadas flores
hasta que al fin me llegues
a lo más hondo de mi cueva umbría
con tus largos y ocultos surtidores.*

No se escandalicen los lectores con estos ejemplos literarios propuestos, que no tienen más intención que hacerles reflexionar sobre el recorrido sufriente, propio de todo proyecto amoroso serio, y el gozo final como premio a tal esfuerzo. Ya que lo que se consigue fácilmente no suele valorarse mucho, deberíamos hacer pensar a los jóvenes sobre este aspecto.

La influencia de los poetas andalusíes en la literatura europea posterior es clara. Influye en el amor cortés y luego éste en el amor petrarquista.

Este es el tercer vértice del triángulo geográfico y literario del amor sufriente: el amor denominado petrarquista, amor platónico y, por tanto, también sufriente porque el poeta se inspira en una amada idealizada o de

muy difícil acceso. Es el tema desarrollado por los grandes poetas del *trecento* italiano, Dante Alighieri y, sobre todo, Francesco Petrarca, que dedicó a su madonna Laura (dama con toda seguridad inexistente) sus dos famosos poemarios: *In vita e In morte di madonna Laura*.

Este amor idealizado volvería a manifestarse en la literatura castellana con los poetas del siglo XVI, tanto en la poesía del amor común o humano (Garcilaso de la Vega al frente) como en la literatura del amor a lo divino de los místicos, a la que me he referido antes (San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús).

Si tuviéramos que resumir lo dicho hasta ahora señalando algún rasgo común entre estas manifestaciones del amor sufriente (amor udri, amor cortés y amor platónico-petrarquista), podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿qué es lo que mueve a los enamorados a buscar al otro, incansablemente, venciendo todas las dificultades?

Que cada uno dé la respuesta que estime conveniente, según sus experiencias amorosas y sus creencias, pero apunto una idea que puede ser motivo de otro comentario, quizá más controvertido. Me refiero al placer de la CLANDESTINIDAD, que mueve al ser humano a buscar recónditos callejones, peligrosas celadas y sugerentes e ignotos caminos para conseguir lo prohibido. Aunque el final pueda estar en la pérdida del Paraíso, también confirma la manera de ser TREMENDAMENTE HUMANOS.